

TETA VELETA

César Ricardo Nieri Rojas

*Pietà, pietà!
Pareva eterno
il mio destino:
di parlare,
di cantare,
di godere,
di peccare...
Ma sì, ma sì!
Per me è finita,
state tranquilli...
Entro nell'ombra,
vi lascio il mondo...*

Pier Paolo Pasolini

Pier Paolo Pasolini, vuelvo a decir, frente al espejo, en ese juego que consiste en repetir ciertas palabras hasta que pierdan el sentido, hasta que sean vacuos cascarones de voz. Tal vez en el intento de que mi reflejo, al redundar en este cristal que me devuelve a mí mismo, extravíe también su total significado, y que el tiempo me abandone de su tortura de péndulos. Este tiempo que durante los últimos años ha empleado sus arsenales con crueldad contra mí. Ya no quiero verme cada vez más arrugado, más sombrío; notar cómo la piel de los muchachos, su belleza, contrastan con mi deterioro. Alguna vez anoté en uno de mis cuadernos rojos versos que hablaban de morir joven, alguna vez tuve la certeza de que sería un cadáver hermoso; un muchacho sin vida que había absorbido los días con toda la intensidad que pudo. Ahora en cambio, esos mismos días me absorben a mí, y solo quiero estar así, en mi habitación, contaminado por una eclipsada tarde, en una discusión desde ya perdida contra mi espejo, contra mí mismo. El único anhelo al que le ayudo a sobrevivir es al de olvidar las películas, las críticas, la persecución política que contra mí existe; solo porque pienso diferente a todos aquí en Italia, porque me he dedicado a ser sincero y único. Olvidarme sobre todo de mi breve paso por el PCI, de mi militancia en algo tan sucio como la política, que te encadena, que te maniatas las manos, las ideas. Apenas ayer, 1 de noviembre de 1975, di una entrevista donde recuerdo los peligros del fascismo. En estos instantes quiero entregarme exclusivamente a este eco que brota de mi silencio, un pequeño rumor que con delicadeza y tono lúdico me susurra *teta veleta, tetá veleta...*

Mi reflejo se distorsiona, se embarra de un día soleado y simple, de un paisaje bucólico de algún recoveco de la infancia; o lo que es aún más ambiguo, ese límite entre la edad sin memoria y el tiempo en el que empieza uno el recuento de su existencia. Habré tenido no poco más de tres años. *Teta veleta...* despegas en mi corazón, y vuelvo a oír con fruición y deleite inocente los gritos de los muchachos, el retumbar de sus pies golpeando el campo, detrás de una vieja pelota de trapo, pateándola una y otra vez. Estoy sentado en una pequeña pendiente, aquí en Italia un partido de fútbol se improvisa en cualquier momento, la frescura de lo inesperado. *iEh, passami il pallone, sto libero!*, grita alguien por ahí. Soy todavía muy chico como para jugar con ellos, prefiero observarlos. Hay algo extraño sin embargo, algo a la vez doloroso y placentero en mi pecho, como una flor que crece sin pétalos, como un pájaro que revolotea atrapado en su huevo. No puedo dejar de fijarme en las piernas de esos jóvenes, en la belleza de su trancada, en las formas que se dibujan en sus músculos al contraerse y luego distenderse por el movimiento. Lo que más me perturba es la tensión de los nervios de la parte convexa del interior de sus rodillas, ese gesto elegante pero a la vez violento. No había un nombre para esa sensación de ternura, de desasosiego; esa ansiedad que en mí se generaba, como un cosquilleo, peor aun, como una humillación. Un rubor. Entonces me lo inventé yo, *teta veleta...*

Hace bastante tiempo que no experimento eso, hace bastante tiempo que no me siento *teta veleta...* A mí ya no me pertenece ese brillo de los jóvenes, ese dinamismo. Cada vez me genero mayor repulsión, sobre todo al notar el contraste entre mi piel desnuda y seca frente a la de los muchachos que encuentro en los suburbios de la ciudad. Jóvenes como Ninetto, que un día no

soportó más y decidió largarse de mi lado, luego de que yo había hecho todo por él, lo había descubierto y sacado de la pobreza, creado a un actor en donde solo había un muchacho simplón y hasta tosco. Pero lleno de belleza, de desfachatez. Lleno de ese sentimiento de *teta veleta*, de esa pasión que me invitaba a experimentar. Un día se dio cuenta de que yo estaba depredando su juventud y simplemente se fue, a casarse con una novia que tenía, a poseer la vida que añoran los de su edad. Lejos de mí, ahora que ya lo había obtenido todo, que ya brillaba con luz propia; lejos de la reverberación de su imagen en mis grandes anteojos que lo intentaban contener, y que a la vez eran una máscara que ocultaba mis arrugas, el peso de unos párpados que ya habían observado demasiado. La carga de unos ojos que intentaban imitar sin éxito la realidad en mis películas, o exagerarla y torcerla ante la frustración de no poder igualarla. Extraño mis cuadernos rojos. Lo simple de mis anotaciones en ellos, la sinceridad de la adolescencia, de esa edad, alrededor de los trece años aproximadamente, que se encuentra en el límite entre lo pueril y lo que sigue después, eso que llamamos ser adulto, eso que más bien es confuso e intrincado.

Estoy de regreso aquí, en mi habitación, en la contemplación aciaga de mi propia imagen. No me he vestido aún, trato de enfrentar y aguantar lo grotesco de mi desnudez, los pliegues excesivos, la piel sobrante; este guante de carne que me asfixia el alma. Ya ni siquiera un caparazón hermoso. Preguntándome cómo Giuseppe podrá estar dispuesto a compartir su angelical silueta conmigo esta noche. Si tan solo me hubiera tocado a mí en lugar de a Guido. Ahí lo descubro compartiendo mi espejo, un fantasma herido de una pierna, arrastrándose hasta el hogar de aquella campesina anónima que le brinda refugio. La Segunda Guerra Mundial

tiñe de sangre los territorios de Italia, y a pesar de no convenir con las ideas políticas de la milicia Guido no puede permitir que extraños ocupen nuestras tierras. Los garibaldinos lo encuentran, lo cazan como a una liebre indefensa, lo arrastran fuera de la casa y lo asesinan. De haber podido, mi hermano hubiera sido asesinado mil veces más por su patria, conociendo su generosidad. Para mí fue más sencillo dejar atrás la guerra, detestaba el olor a muerte en el ambiente, odié las vivencias que siguieron a mi reclutamiento para combatir, y la cobardía de muchos de los que luchaban.

Pobre mi madre, la noticia de la muerte de su menor hijo la destruyó. Así como también lo hicieron las acusaciones de inmoral y pervertido que se hacían de mí en Casarsa, la persecución de los carabinieri, catalogándome de corruptor de menores. Ella huyó conmigo, solitaria y velada dejamos la imagen de mi padre, con quien siempre tuve un gran distanciamiento, esperándonos entre la pobreza y el deterioro de su viejo gabán de militar y las penurias de un enfermo. Fue horrible el comienzo en Roma, lejos de mis añorados paisajes friulanos, de la belleza e inocencia del campo. Peor aun el destino de mi madre, quien encontró un empleo con una nueva familia (un padre, una madre y su hijo de dos años) y decidió consumirse en él con el aplomo de una mártir. En mi espejo la veo retratada, tatuada en mí, en mi pálida y cetrina figura. Ahí como la bella y dulce voz que me leía historias, que me inventaba cuentos; con ese idealismo que me inculcó, enseñándome a ser noble en todo momento. Si pudiera me ovillaría y regresaría a su útero a vivir por siempre en el calor de su abrigo, alimentándome por medio de ese cordón que me unía a ella a través del ombligo. Me lo toco y siento un escalofrío, como si metiera el dedo en una herida hecha de nada.

Solo otra mujer me ha amado como ella: Laura Betti. Solo ella me ha soportado a pesar de mis rabietas, a pesar de mi manía de tener siempre la razón. Solo ella ha sido capaz de amar a alguien que no puede devolverle el mismo amor, al menos nunca de forma física; y es por ello que yo la tengo en mi mente como a una esposa no carnal. A veces quisiera no ser el que desde joven buscaba el cariño de los muchachos que se ofrecían en los puentes de la ciudad, en esos rostros bellos y marginales. Ahora, ya con el peso de las clepsidras apretándome el pecho, ahora que la vejez despliega sus brazos alrededor